

longue, á donde os ha conducido la persistencia de una amiga deliciosa.

¡Qué jamás! ¡Oh! vírgenes tengan vuestros castos lechos ningún parecido con el lirio de Muguette, ni que vuestras camas, jóvenes esposas, se parezcan en nada á la rosa un tanto marchita que servía de refugio á Liserón.

No seáis nunca las hermanas, cómplices ó imitadoras de las pequeñas hadas, no juntéis vuestros labios de rosa, con otros que sean de exacto parecido; pero, ¡ah! que si despreciando mis consejos, seguís el ejemplo, seréis maldecidas por todos los hombres que sean dignos de llevar el nombre de amante, sí, maldecidas, maldecidas y condenadas sin apelación ante el tribunal del amor.

LA LIMOSNA



XXIX

¡Qué injusta es la horrible fealdad de la pobreza! ¿Ya que no posee los hermosos trajes y aderezos con que se engalanan las jóvenes ricas, ni los suntuosos trenes en que pasean su opulencia las esposas é hijas de los banqueros enriquecidos por las quiebras de otros, no sería equitativo al menos, haberla dotado con el don de la hermosura?

Si fuera bonita, poco, muy poco, la importaría el resto del mundo, porque podría tener por amante al-

gún gallardo mancebo, pobre como ella, quizá poco honrado, un ladrón, un ratero, tal vez asesino, pero esto no importa, amante al cabo.

¡Ser amada por cualquiera! es lo único que merece la pena de vivir.

Opulencia, gloria, probidad, inocencia, todo esto y más, lo tienen entre los labios dos seres que se besan apasionadamente.

¡Pero es tan fea! Sus ojos de color rojizo, están como apagados bajo unos mechones de cabellos cortos y crespos; su boca, cuyos dientes son amarillos y desiguales, sólo ofrecen al amor—que los rechaza—labios pálidos y secos; y la extrema delgadez de sus mejillas harían alejarse con repugnancia al más ardiente seductor de mujeres.

¡Fea á los quince años!

¡Nada más inconcebible ni más amargo!

¡Abril sin perfumes! ¡Mayo sin flores! ¡Adolescencia sin gracia!

De todos los recuerdos melancólicos que de mi vida conservo, el más triste, es haber visto una tarde de primavera una rosa al extremo de un montón de césped, ni blanca ni encarnada, sucia, mustia á pesar de estar en el tallo, ¡fea en una palabra! que tendría como final horrible, ser aplastada por las ruedas de un coche.

Todo en la pobre mendiga parecía propósito para inspirar compasión.

El verano pasado estaba élla una mañana en el bosque de Meudon, balbuceando por costumbre y sin saber lo que decía, yo no sé qué palabras.

Su mano extendida, imploraba una limosna á las escasas personas que circulaban por aquel sitio.

Los unos la veían y pasaban sin hacerla caso, eran generalmente honrados industriales con sus mujeres y sus hijos, gentes probablemente ricas; los otros le dan alguna moneda, tomándola por ciega á causa de sus apagados y tristes ojos; éstos son generalmente pobres diablos que habían contado sus ahorros antes de salir á paseo. No tener casi nada, aconseja ser caritativos con los que nada poseen.

Ella no decía una palabra, ni siquiera daba las gracias á todos aquellos que socorrían su miseria, como si le fuera indiferente en absoluto cuanto la rodeaba.

¡Ah! lo que la infeliz mendiga deseaba, nadie podía dárselo: no; jamás recibiría un beso de ningún hombre.

Y... continuaba con la mano extendida implorando la caridad pública.

Pasaba en aquel momento una pareja de enamorados radiantes de alegría y hermosura.

La joven, llevando sobre sí más perfumes que el bosque, rozaba con su vestido de batista las agudas zarzas del camino, y su gracioso sombrero, comprado en la tienda más elegante de París, se movía bajo la bóveda de follaje, entre las pequeñas mariposas.

Era la niña más bella y elegante de las parisienses. Sus encantos resaltaban de una manera prodigiosa

en medio de todas las armonías de la naturaleza, y hasta los tiernos pajarillos que revoloteaban en las copas de los árboles, suspendían sus alegres gorgeos, vencidos y humillados ante la dulzura y melodía de su voz de ángel.

El joven, llevándola del brazo, la miraba extasiado, haciendo caso omiso y sin fijar su atención en el pálido azul del cielo, y en todas las maravillas que le rodeaban, él no debía mirar más que á su incomparable amiga que de tan buena voluntad se había prestado á seguirle, y que quizá en aquel mismo instante acariciaría la idea de abandonarse en sus brazos, cuando la noche empezara á tender sus negras alas, dando encantos misteriosos á este sitio apartado del bos-

que donde alguna vieja encina carcomida por el tiempo, ofreciera su retorcido tronco, como el más agradable y voluptuoso diván de plumas.

Al pensar el joven amante en todo esto, estrechaba con mayor fuerza á su querida, con toda la sinceridad de que puede ser capaz un hombre que debe á la práctica en las lides de amor, la triste experiencia de no ignorar la poquísima ilusión que siempre sigue al deseo, después de las caricias y al día siguiente del placer.

Verdaderamente se amaban; ¿y cómo no? El veinticinco años, élla treinta, él conservando sus primeros ardores, aunque instruído en el arte de amar, élla capaz de abandonarse, aunque muy experta en las primitivas ingenuidades apenas olvidadas, él su-

biendo, élla empezando á bajar el camino que hay desde la primera esperanza al rencor primero.

Tres meses hacía que se conocieron y en noventa días no habían tenido ni una sola hora de enojo.

Creyéndose solos en aquella alameda desierta del bosque de Meudon, se abrazaron con infinito entusiasmo.

Una especie de murmullo que sonó á muy pocos pasos de ellos, les hizo turbarse y volver el rostro; era la charla balbuciente y monótona de la infeliz mendiga, que extendía su sucia y descarnada mano, implorando una limosna.

Y les miraba con sus ojos tristes. ¡Qué hermosos eran! parecían decir, ¡qué felices! y ella fea y sin que nadie la amase; ¡qué desdicha!

El compasivo joven se volvió hacia ella; una triste sonrisa entreabrió sus labios al ver su feo rostro, y buscó en los bolsillos del chaleco alguna moneda con que poder aliviar aquella miseria.

Pero ¡ah! que la hermosa joven que le acompañaba, también había visto á la infeliz mendiga, penetrando con una sola mirada en su alma y comprendiendo por último en la tristeza que revelaba el semblante de la desgraciada que tendía la mano implorando una limosna, no atreviéndose á ofrecer su corazón al primer transeunte, por el temor de ser rechazada.

Con voz dulce y melodiosa dijo á su amigo:

—No, querido mío, no es dinero

lo que debes ofrecer á esta pobre muchacha. Queriéndote como te quiero, con toda mi alma, nada me sería tan insoportable como la idea de verte conceder á otras una caricia, porque todas las tuyas me pertenecen en absoluto.

Cometería las más atroces locuras, si supiese que tus labios que con tanta pasión me besan, se habían acercado á otra boca que no fuese la de tu amada; pero hay casos en que el deber impone silencio al egoísmo tan natural al amor, es necesario saberse sacrificar á tiempo; seré fuerte, por caridad. A esta muchacha á quien ves con toda la horrible angustia que siente en el alma, retratada en sus ojos, yo te ruego amor mío le haga la limosna de un beso.

—¡Qué capricho más raro!—exclamó el joven sorprendido.

¡Oh crueldad! si la mendiga hubiera sido menos fea, quizá él no demostrara tanta repugnancia á obedecer el mandato de su querida.

—Sí, sobre los labios—añadió ella—un prolongado beso sobre los labios.

El aventuró algunas observaciones, pero con un gesto que no admitía réplicas, le exigió una sumisión completa é inmediata; entonces resignado, se inclinó sobre la arapienta mujer, depositando un beso en aquellos labios pálidos que quizá sonreían por primera vez.

Después ambos amantes desaparecieron en la frondosidad del bosque.

La que había recibido la limosna,

permaneció inmóvil sobre el polvo del camino, más sorprendida, que si en una noche de estío hubiera el firmamento dejado caer una estrella en su descarnada mano.

¡Oh! hermosa mujer, que un rasgo de caridad sublime, habéis hecho á estos labios la limosna de un beso, bendita seáis mil veces por vuestra misericordia; que todas las alegrías os sean dadas en recompensa de las alegrías que distéis; que él os ame siempre, que no os engañe; que vuestras sonrisas sean envidiadas por todas las sonrisas de las rosas de julio; que el espejo en el cual os miréis os muestre siempre, en pago de tan admirable acción, una belleza no comparable á ninguna, y puesto que hicisteis la limosna de un beso, que todos

los que depositen en vuestra preciosa boca, resulten tan dulces como las miradas de vuestros ojos.

Pero... ¿Quién sabe si creyendo ser buena, no fuisteis cruel?

¿Quién sabe si vuestro presente, no ha quedado devorando el corazón de la mendiga?

La desesperación de saber que sobre sus labios no se posarían otros, podría ella soportarla antes de conocer la embriaguez de un beso; pero ahora, cree que el paraíso es posible sobre la tierra. ¡Aunque no para ella!

¡Tal vez continúa asistiendo todos los domingos al bosque de Meudon, esperando encontrar á la feliz pareja, pero no la encuentra; triste, desolada, con la espalda apoyada en el tronco de un árbol, extiende la mano

á los escasos paseantes; y quizá algún día, los impulsos de aquel desesperado recuerdo, la llevarán hacia el río que corre á nuestros pies, arrojándose luego al agua clara y tranquila, aspirando por última vez con los labios del alma, la memoria de la fatal limosna.

.

Pero ¡ah! que en la otra vida tienen todos los dolores, las angustias y los infortunios, una lógica y equitativa compensación, la muerte; la muerte es compasiva con los suicidas! Tan fea como era en vida, no lo será muerta.

Más pálida, más blanca, velados los ojos por los párpados cerrados; y entonces sin amargura, puesto que la justicia de las bodas celestes reser-

va para las más horribles, los más hermosos ángeles, el recuerdo del solo momento feliz de su vida, hará entreabrir sus labios con una sonrisa de suprema esperanza.

LA MOSCA DE ORO



XXX

¡Qué profanación! ¡Qué espanto!
¡Qué pecado tan monstruoso!

Las monjas del convento donde Mazet de Lamparechio había sido jardinero, estaban verdaderamente aterradas.

Un día se esparció el rumor por aquellos solitarios cláustros de que un hombre se ocultaba bajo el hábito de una de las religiosas.

Pensad el espanto que esta noticia produjo á las buenas madres.

No se hablaba de otra cosa en el refectorio, en la capilla, en las avenidas del jardín.

Eran todos rubores y sobresaltos; la planta se posaba temerosa en el suelo; no se andaba sino con vivos deseos de retroceder como en un bosque en el cual se sabe que existe una fiera.

¡Un hombre; esto era espantoso!

Las más íntimas amigas se miraban con aire sospechoso, desconfiando las unas de las otras.

La hermana tornera, que se encontraba más atormentada que nadie, era una pequeña novicia que apenas contaba trece años, y se la conocía en el convento con el nombre de sor Ninette.

Los ojos encarnados de tanto ver-

ter llanto, golpeándose el pecho como si le remordiese la conciencia algún oculto pecado; no estaba tranquila en sitio alguno y exhalaba profundos suspiros.

Si alguna vez sus compañeras le preguntaban—¿qué tenéis hermana Ninette?—ella huía precipitadamente sin responder palabra, como si callase algún espantoso secreto.

Por último, un día, después de haber estado encerrada toda la mañana en su celda, se fué á ver á la superiora y le dijo, con la cabeza baja, temblorosa y las mejillas como la grana:

—¿Sabéis madre que se oculta un hombre en el convento?

—Sé, lo que todas dicen, pero no lo creo hija mía.

—¡Ah madre! no tenéis razón para

dejar de creerlo. Es muy cierto que una de nosotras no es lo que parece.

—¿Eh? habéis adquirido la prueba.

—Sí, madre mía—dijo Ninette ocultando el rostro entre las manos.

La abadesa, se la quedó mirando fijamente: sor Ninetta era la doncella más joven de la casa, entró en el convento muy pequeña, apenas tenía la edad suficiente en que las niñas se convierten de pronto en mujeres y jamás había visto otros hombres que los barbudos evangelistas y el San José que adornaban los vidrios de la capilla.

¿Cómo podía suponerse que una joven tan inocente hubiera descubierto lo que había escapado de las más perspicaces miradas?

—Vamos Ninette expliáos. ¿Cuál

es entre vosotras el varón? Será por ventura...

—Soy yo madre—exclamó la novicia anegada en lágrimas.

A los labios de la superiora asomó una sonrisa de burla.

—¿Es verdad? ¿sóis vos?—dijo.

—Yo misma.

—¿Y cómo os habéis apercibido de ello, hija mía?

—¡Ah! yo no me atreveré nunca á decirlo en voz alta.

—Pues venid sor Ninette, decídmelo bajo.

Entonces la novicia se aproximó, hablándola al oído mucho tiempo, mucho, y la dijo tales cosas que la abadesa no pudo más y soltando una estrepitosa carcajada, la contestó dándole una palmadita en la mejilla:

—Marchaos, marchaos tranquila monina mía y creed que esa mosquita roja de que me habéis hablado no es, ni ha sido nunca atributo masculino.

JUSTICIA DEL AMOR

~~~~~  
XXXI

Aquella noche dos mujeres lloraban al mismo tiempo y por idéntica causa.

Alejadas completamente, desconocidas, viviendo la una en la peor bohardilla del barrio de Santa Margarita, y la otra en el más lindo y elegante hotel de la avenida del bosque.

En nada se parecían; la primera extraordinariamente pobre, y la segunda fabulosamente rica, poseyendo además ésta toda la belleza de las